

## Prólogo

Pío lector:

El año 1997 se publicaba en el número 1 de *La Perinola. Revista de investigación quevediana* un artículo con el título: «Aproximaciones al estudio y edición de la *España defendida*». No era esta mi primera incursión en este texto humanista de Quevedo, pues años antes ya había estudiado esta obra como parte de mi interés por el concepto historiográfico del escritor madrileño. Pero en ese año de 1997 empecé a trabajar en la edición crítica y anotada de un texto, que había sido impreso por primera vez en 1916, pero que carecía de una edición que profundizara en la selva humanística que había levantado don Francisco. A partir de ese momento, se inició una paciente tarea de recuperar las fuentes que utilizó nuestro escritor para redactar, o, mejor dicho, para esbozar su *laus Hispaniae*. Ha sido una tarea ardua que tuve que compaginar con otros proyectos profesionales que iban surgiendo, lo que explica en parte el tiempo transcurrido entre su inicio y su finalización. El otro factor que explica esta dilación es que la *España defendida* constituye el texto humanista más complicado de Quevedo, en el que intenta demostrar a sus contemporáneos, amigos y enemigos, lo vasto de sus conocimientos filológicos. Esa amplitud de conocimientos se demuestra en sus numerosas citas de autores en latín, griego y hebreo, tanto de autores clásicos como de humanistas de los siglos XVI y XVII, pero también de palabra o palabras en siríaco, ruso o ucraniano, e incluso en inglés.

El lector tiene entre manos un intento de reconstrucción de la *laus* que había esbozado don Francisco y que se conserva en el manuscrito autógrafo custodiado en la biblioteca de la Real Academia de la Historia. La labor ha sido complicada por la gran cantidad de arrepentimientos en forma de tachaduras o palabras escritas entre renglones que abundan en toda la obra, y porque don Francisco nunca puso el texto en limpio, sino que se limitó, en ocasiones, a añadir al final del capítulo ciertos párrafos con señales para que se incorporaran en el interior de ese mismo capítulo. En estos casos he seguido la indicación quevediana y los he colocado en el lugar que Quevedo les asignó.

La amplitud de mis conocimientos no me permitía abarcar todos los campos filológicos cubiertos por don Francisco, por lo que hube de recurrir a la ayuda y generosidad de amigos y de desconocidos, hasta ese momento, para cubrir mis inmensos océanos. En este sentido, creo que la obra que el lector tiene en sus manos es el resultado de la generosidad intelectual de muchos especialistas que han puesto sus conocimientos al servicio de la presente edición. Es muy habitual en este tipo de trabajos dar las gracias anónimamente, amparándonos en el tópico de la injusticia que podemos cometer olvidándonos de algunos nombres. Pero yo quiero romper la tradición y voy a mencio-

nar, y espero no olvidarme de ninguno, la larga lista de personas que me han ayudado en esta tarea editorial y que, en parte, son culpables de que hoy vea la luz la *España defendida*: Ignacio Arellano, Antonio Azaustre, Christina Bethin, Alberto Blecua, Pedro Cátedra, Eran Cohen, Martín Corral, James O. Crosby, Santiago Fernández Mosquera, Emilia Fernández Tejero, Mercedes Fernández Valladares, Ruth Fine, Paul Firbas, Sharonah Fredrick, Pedro Lastra, Óscar Martín, Pedro José del Real, Alfonso Rey, Leonardo Romero Tobar, Nicholas Rzhovsky, Ángel Sáenz-Badillos, Bartolomé Segura Ramos. Agradecimiento especial a la Real Academia de la Historia que me permitió consultar el manuscrito y editar el texto facsímil. *Vale*.